



**“Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón” Lc 2,
16-21**

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Los pastores que estaban por esa fecha en Belén, eran hombres que guardaban sus ganados de ladrones y animales de rapiña. Estos pastores no eran de Belén, ello estaban por un pastoreo estacional en el que el ganado se traslada desde las zonas de pastos de invierno a las de verano y viceversa, ya que el ganado de las gente del pueblo los volvían a la noche a sus establos, mientras que los de los trashumantes suelen estar allí hasta las primeras lluvias, que pueden venir de mediados de noviembre a mediados de enero.

Los pastores no gozaban de buena fama, pues se los tenía por “ladrones”. Un fariseo temería comprarles lana o leche por temor a que proviniesen del robo. Pero, si éste era el concepto, real o ficticio, debía de haber también entre ellos almas sencillas, como las de estos pastores.

Inesperadamente, se les apareció “un ángel del Señor.” Al mismo tiempo, el evangelista dice que “la gloria del Señor” los rodeó iluminándolos”. Es una teofanía, es decir, manifestación de la divinidad a las personas. Al rodearlos de su luz, ellos se asustaron, esto es lo que se entiende al decir que “temieron grandemente.” Era el temor ante la presencia de Dios, que así acreditaba al ángel y su anuncio: el hallarse encarnado en Belén.

El anuncio del ángel es el Evangelio: la Buena Nueva, la Buena Nueva mesiánica. Les anuncia a ellos esta nueva, pero “es para todo el pueblo.” El “pueblo” que aquí se considera

es directamente Israel. Es el vocabulario del A.T., y el pueblo a quien se había prometido que en él nacería el Mesías.

“Hoy os ha nacido en la ciudad de David,” Belén, donde según Miqueas (5:2), había de nacer el Mesías, un niño, “Un Salvador”.

Es el “Cristo”, es decir, el “Ungido,” el Mesías. Y este Cristo es “el Señor”.

Los pastores comprendieron que el Mesías había llegado. “Los pobres son evangelizados.” Y se les dio una “señal” para encontrarlo. El Mesías no había nacido en un palacio, ni con el esplendor humano, ni esperado con pompa, había nacido en un establo, en un pesebre. Y el hecho de estar reclinado en un “pesebre” les indicaba que no había que buscarlo entre los habitantes de Belén, ya que allí habría nacido en una casa.

Terminado el anuncio del ángel, se juntó con él, allí en el campo de los pastores, “una multitud del ejército celestial,” es decir, de ángeles. Ya en el libro de Daniel (7:10) se habla de una multitud casi infinita de ellos, lo mismo que aparecen en la Escritura “alabando a Dios” (Sal 148:2; Job 38:7). Todo este coro entona allí una alabanza a Dios, diciendo:

“Gloria a Dios en las alturas, Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.”

El sentido del cántico es la glorificación que tiene Dios, que se lo supone viviendo en el cielo, al comenzar la obra redentora, con el Mesías en la tierra, y por lo cual se sigue la “paz,” que para el judío es la suma de todos los bienes, y aquí es la suma de todos los bienes mesiánicos, que se van a dispensar a los hombres de “buena voluntad.” para aquellos que van a tomar partido por Cristo cuando aparezca en su vida pública, como “señal de contradicción.”

Los pastores fueron con rapidez. A media hora de camino estaba Belén. El “signo” se cumple al encontrar lo que los ángeles les anunciaron. Los pastores, aquellos días fuertemente impresionados, lo divulgaron, y la gente se “maravilló.” Los pastores glorificaron a Dios por la obra que les hizo.

Lucas en todo caso, destaca la firmeza de “todas estas cosas” en el corazón de María, “confrontándolas,” “comparándolas,” meditándolas.” Era María que observaba, admirada, el modo como Dios iba preparando y realizando la obra de su Hijo, el Mesías.

Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al Niño, le dieron por nombre Jesús, impuesto por el ángel antes de ser concebido en el seno.

La circuncisión era el signo de incorporación al pueblo de Israel. Tenía lugar al octavo día del nacimiento y dispensaba el reposo sabático. El rito no era de oficio sacerdotal y podía realizarlo cualquier persona. Podía realizarse en casa o en la sinagoga, ante diez testigos. Al hacerse la circuncisión se pronunciaba una fórmula, ya hecha, de bendición a Dios. En la época neotestamentaria solía imponerse en este día el nombre al niño (Gen 17:5-15). Era la incorporación real y nominal a Israel. José, de acuerdo con María, debió de ser el que le impuso el nombre. Ya el ángel lo había anunciado. Y se le llamó Jesús, forma apocopada de Yehoshúa: “Yahvé salva.” Era la misión salvadora que tenía (Mt 1:21). Y con la dolorosa circuncisión, Cristo derramó ya la primera sangre redentora.

Paz con todos

El Señor les Bendiga

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

